

EGUZKILORE

Número 26.
San Sebastián
2012
47 - 50

E. Raúl ZAFFARONI

*Profesor Emérito de la Universidad de Buenos Aires
Ministro de la Corte Suprema de Justicia de la República Argentina*

ANTONIO BERISTAIN: EN EL RECUERDO Y EN NUESTRAS VIDAS

Con la mayor sinceridad lamento muy profundamente no estar con ustedes en San Sebastián en este momento. Me sirve de consuelo al menos, el recurso tecnológico de hacerme presente de este modo. Hubiese sentido que faltaba a un elemental deber si ni siquiera a la distancia hubiese podido sumarme a este homenaje, al que me obliga un compromiso de gratitud, de amistad y de reconocimiento a quien en buena medida considero mi Maestro, pese a que estoy seguro de que si él me escuchase lo rechazaría sin titubear.

El vínculo personal con Antonio comenzó hace más de cuarenta años, cuando nos conocimos en el Congreso de Criminología de Madrid de 1970. A partir de ese momento casi no hemos interrumpido el trato. Por otra parte, era sencillo mantener contacto con Antonio, pues además de su carácter expansivo, comunicativo por esencia, era hombre meticuloso en la relación, que no dejaba carta ni mensaje sin responder.

Varias veces tuve el gusto de venir a San Sebastián, de ser huésped de la Facultad y permanecer durante algunos días. Otras muchas nos encontramos en otros países y ciudades. Hizo también algunas visitas a Buenos Aires. En una de las primeras se le ocurrió fotografiar la cárcel de Devoto y la policía lo detuvo, pero al final le creyeron que era por pura curiosidad de académico y lo liberaron. Antonio siempre hacía ese género de cosas.

No obstante, hubo una visita que quizá ustedes no conozcan. Fue en plena dictadura militar. Estábamos marginados de la Universidad Nacional y con algunos colegas se nos ocurrió organizar unas Jornadas en la Universidad del Salvador en Buenos Aires e invitarlo. Vino complacido y dio dos o tres conferencias, no recuerdo el número exacto de intervenciones que tuvo, pero lo cierto es que comenzó a hablar de criminología crítica, de la reacción social, interaccionista, fenomenológica, a analizar el funcionamiento del sistema penal, los procesos de criminalización y, sobre todo, de los Derechos Humanos.

Quiero explicarles que en ese momento nos hallábamos en una situación sumamente difícil, donde los pocos que estábamos azorados frente a la realidad criminal

que nunca habíamos imaginado, lentamente tomábamos conciencia de la magnitud del drama y de la aberración que vivíamos y sólo lo podíamos comentar en pequeños círculos, pues fuera de ellos no sabíamos con quién estábamos hablando. Mi país estaba habituado a regímenes militares, dictaduras algo violentas, pero teníamos la intuición –y cada vez más la certeza– de que esta vez estábamos ante algo mucho más criminal y siniestro que otrora.

Había temor, miedo, yo también sentía miedo, y no era paranoia, porque nos percatábamos lentamente que estábamos en presencia de una formidable máquina asesina. Más aún, cuando todo pasó y pude ver la dimensión real de la masacre, me di cuenta de que el miedo que había experimentado era poco.

Todos teníamos miedo, tanto frente a un futuro muy incierto como a la represión, cuyos alcances no llegábamos a dimensionar por completo. En ese momento, las intervenciones de Antonio produjeron una decantación, pues unos pocos se escandalizaron, expresaron rechazo, sin que faltase quien se retirase taconeando y dando portazos y asumiera actitud denunciante, pero una amplia mayoría del público tuvo una reacción favorable de solidaridad, lo que nos sirvió para saber con quiénes hablábamos, quién estaba de cada lado. Así pudimos averiguar quién estaba de parte de lo humano y racional y quién de la represión irracional y genocida.

Siempre le agradecí a Antonio esa intervención. Cuando usando sus metáforas habló de Derechos Humanos en esas Jornadas del Salvador, en medio de esos años siniestros, la consecuencia positiva fue la ampliación de nuestros círculos; comenzamos a hablar con otras personas, fuimos adquiriendo más confianza, aunque no sé si más inconsciencia. Quizá hayamos tenido poca inconsciencia, pero la que tuvimos en alguna medida se la debimos a Antonio.

Recuerdo que al cierre de las Jornadas hubo resistencia por parte de las autoridades de la Universidad a entregarle el diploma de Profesor Invitado en público; lo hicieron en privado. Pero los amigos, que ya nos podíamos mirar a los ojos y hablar con sinceridad, nos reunimos en una hermosa cena de despedida, donde no faltó el buen humor y las bromas. Lamentablemente, casi todos los comensales nos estarán mirando junto a él desde algún punto del Cosmos: el viejo y sabio profesor Isidoro De Benedetti, el histórico y legendario penitenciarista don Roberto Pettinato, al amigo y profesor Arnoldo Giménez, en fin, personas que pasaron por la teoría y la práctica penal dejando huella.

Precisamente, Antonio dejó huella por todos los lugares por los que pasó. Con su particular visión cristiana nos fue enseñando que la religión no tiene por qué ser sometimiento cuando puede ser libertad. Su particular sensibilidad frente al drama humano lo llevó a un terreno en el que era casi inexorable que debía terminar: *la victimología*.

Sus análisis victimológicos a veces nos desconcertaban, nos dejaban mudos, pues se comunicaba a través de metáforas, a veces figurativas –sus famosas dispositivas– y otras verbales, con lo cual sorprendía muchísimo al interlocutor. Creo que lo hacía con particular habilidad no exenta de un poco de picardía y, en este último sentido, estimo que le había tomado un poco el tiempo, porque en definitiva lo que nos enseñaba –como buen Maestro– era a buscar las respuestas en nosotros mismos. Eso hacía, sin duda, a través de esa abrumadora catarata de metáforas que ni siquiera dejaba de manejar en la comunicación cara a cara.

Como dije antes, nos encontramos en muchos lugares diferentes, pues cuarenta años es una trayectoria muy larga. En verdad, buena parte la transitamos más o menos juntos, aunque en los últimos años no tenía un trato tan frecuente con él. No manteníamos la misma regularidad epistolar de años antes, el *mail* había abreviado los mensajes. De cualquier manera extraño los sobres con el membrete del Instituto Vasco de Criminología; hasta hoy, cuando llega algo en uno de esos sobres, mi primera reacción es pensar *carta de Antonio*.

Hace algunos años, cuando descubrí el riquísimo contenido del *Malleus maleficarum* y me propuse replantear la legitimación de todo el derecho penal distinguiéndolo del poder punitivo, cuando quise hurgar en este poder desde su raíz y reelaborar por completo el discurso penal que había repetido hasta ese momento, cuando me di cuenta de que no descendíamos de Beccaria sino de la Inquisición, me hizo conocer a *Friedrich Spee*, a quien a partir de entonces me puse a investigar. Creo que Antonio lo había leído muy bien y también había caído en la cuenta de que la estructura básica del discurso crítico, la que él había desarrollado en las Jornadas del Salvador y que provocaron el escándalo y las denuncias de los irracionales, se remontaba a este jesuita que, además, era el mejor poeta alemán de su tiempo y el primer gran demoleedor de las tesis del *Malleus*, sacado del olvido muchos años después de su muerte por Christian Thomasius al abrir el Iluminismo.

Es esta una de las tantas cosas que le debo a Antonio. Cada vez que explico el tema ante públicos que me miran un tanto azorados, no puedo dejar de recordarlo. La *Cautio criminalis* de Spee está traducida al francés, al alemán y al italiano, pero no al castellano. Me he ocupado de convencer a una editorial y de conseguir latinistas que pongan mano a la obra de traducción. Creo que es el homenaje que merece Spee, como primer estructurador del discurso crítico y antecedente más directo de Beccaria, pero también creo que esa publicación sería el mejor homenaje póstumo que puedo tributarle a Antonio Beristain.

Su sensibilidad por la victimología, por el dolor, por el conflicto, por el drama humano, su actividad –hipermotricidad diría– que lo llevaba a viajar a los lugares más distantes, a hablar en todos lados con singular entusiasmo, a movilizarnos, a inquietarnos, a emprender siempre nuevas tareas, a levantar la vista hacia horizontes más lejanos y, sobre todo, a interrogarnos sobre quiénes somos y cuál es nuestra misión en el mundo, en la Humanidad, todo eso nos falta con Antonio. Es el enorme vacío que deja alguien que no sólo transmitió ciencia, saber, sino inquietud, ejemplo y, sobre todo, la permanente inquietud, nunca creer que hemos alcanzado la verdad, que la verdad nos supera siempre, que es una meta detrás de la cual se debe marchar pero sabiendo que nunca la alcanzaremos plenamente. Por eso, a lo largo de cuarenta años nunca lo observé cambiar ni dejar esa formidable motricidad que lo caracterizaba y que transmitía movilizándonos, con sus metáforas, sus figuras, sus representaciones y sus raras expresiones verbales. Nos desconcertaba justamente para motivarnos e inquietarnos. Ojalá conservemos esa inercia que nos dejó el paso de Antonio por nuestras vidas.

Les pido disculpas por no estar físicamente con ustedes. En breve mi país enfrentará una campaña electoral y una elección presidencial y no es momento en que me sea permitido alejarme. Creo que Antonio lo comprendería. Les prometo que seguiré haciendo el mayor esfuerzo para que lo antes posible tengamos a Friedrich Spee en

castellano; será ese mi mejor homenaje a su memoria. Insisto en que conservemos la energía que él nos ha alimentado a lo largo de los años, mediante su incesante producción de inquietudes. Que sea este el impulso que nos siga proyectando a lo largo de lo que nos queda de existencia.

Un cordialísimo y afectuoso saludo y un gran abrazo a todos los colegas, unidos en el recuerdo compartido de nuestro gran amigo y Maestro.



De izda. a dcha.: José Luis de la Cuesta, Director del Instituto Vasco de Criminología; M^a de la Luz Lima Malvido, Presidenta de la Red Social de Victimología; Juan Luis Ibarra, Presidente del Tribunal Superior de Justicia del País Vasco; Tony Peters, Presidente de la Sociedad Internacional de Criminología y Virginia Mayordomo, Directora de la “Cátedra Antonio Beristain”